

Nueve nombres

María Huertas Zarco

Nueve nombres / 9

Epílogo / 115

La trasladaron del manicomio, como a todas las demás, pero al inicio no llegamos a conocerla mucho porque era de las pocas que seguía teniendo relación con su marido, quien, al cabo de solo unos días de que llegara, vino a visitarla, la encontró bien y solicitó el alta. No encontrábamos ningún cuadro clínico que justificara su estancia en el hospital. Estaba tranquila y razonable, con buen ánimo y optimista. Al revisar su historia clínica comprobamos que era la única mujer de las que habían llegado que no acarreaba consigo un internamiento largo, «de por vida», como solían decir ellas. Contaba, eso sí, con múltiples ingresos que curiosamente no sobrepasaban nunca los tres meses de duración. Siempre había mantenido el contacto con Jerónimo, su pareja, y con sus dos hijas, y entre ellos se notaba una relación afectuosa. Le dimos el alta.

Al cabo de un año volvió. Estaba excitada y reuelta, con expresión y gestos de miedo y un insomnio pertinaz, y mascullaba con frases cortas y deshilvanadas un discurso lleno de interpretaciones paranoides sobre lo que había sido su traslado, que en realidad era un trayecto ordinario de su pueblo al hospital, un viaje de treinta y pocos kilómetros en el que habían

atravesado la ciudad de Valencia. No reconocía el recinto. Hablaba de que la perseguían unos sujetos que hacían señales por donde iban pasando con focos de luces rojas que se volvían verdes y amarillas. Siempre había un coche detrás de su furgoneta, y cada cierto tiempo lo relevaba otro vehículo para despistar. Pero todos eran negros porque pertenecían a la misma organización. Sabían dónde estaba y antes o después la encontrarían.

Intentamos dialogar con ella, pero nos resultó imposible. Mostraba una clara desconfianza hacia nosotras y, excepto por alguna frase corta y a gritos, se refugiaba detrás de su esposo con cara de pánico, como buscando su protección.

Sorprendentemente el marido no se mostraba excesivamente alarmado y explicó que, como en otras ocasiones, durante los últimos meses María Jesús había vivido fuera de casa, en Madrid, y que había vuelto «muy malita», pero que ese tipo de episodios ya habían ocurrido muchas otras veces desde que se casaron. Cuando la veía así, sufriendo tanto, la ingresaba, y en poco tiempo «volvía a su ser», siempre después de pasar un par de meses en el manicomio, al que se refería como «casa de reposo», ya que durante los periodos de reclusión solía estar en la habitación durmiendo todo el rato.

El hombre, pequeño y enjuto, de piel cetrina y acartonada por su exposición diaria a las inclemencias del tiempo a causa de su trabajo como jornalero, nos contó, ya que éramos «nuevas», que en su casa se mantenía estable durante meses, pero que cada año, siempre cuando finalizaba la primavera y comenzaban

los días de calor sofocante y brumoso por la calina, recaía. En los periodos de estabilización, que solían ser duraderos, había criado y educado muy bien a sus hijas y la consideraba una excelente madre y compañera. «Pero después de las etapas de bonanza comienza a farfullar, se dirige a la pared como si hubiera alguien, o empieza a decir que no soporta irse a la cama por todo lo que le harán si se duerme. Se pasa la noche en vela para evitar que abusen de ella. Durante el día se lava de manera obsesiva». Terminaba por fugarse y al cabo de un tiempo les llamaba para que se quedaran tranquilos y les decía dónde estaba, generalmente trabajando como empleada del hogar en alguna ciudad lejana de su lugar de residencia.

«Es muy limpia y de buen trato. Faenando, es una máquina. Siempre la emplean para hacer tareas caseras, en régimen de interna, y como no tiene gastos casi todo el dinero que le pagan lo envía a casa. Es lista y sabe negociar sueldos bastante decentes. Cuando se despide, suelen darle cartas con muy buenas referencias, que guarda y utiliza en las siguientes ocasiones en que nuevamente se ve obligada a irse y buscar trabajo. Suele volver a casa descompuesta y hay que ingresarla. No le cuenta a nadie lo que le pasa. Solo a mí y sin muchos detalles».

Las hijas no sabían nada. Como la economía en casa era modesta, cuando María Jesús se marchaba, el padre les explicaba que lo hacía para reforzar un poco el bienestar familiar. De hecho, gracias a ese dinero suplementario ellas habían podido cursar estudios. Contaba orgulloso que una de sus hijas era administrativa y que la otra era profesora de primaria.

Tuvieron que pasar unos días antes de que María Jesús mostrara una mejoría. Por las noches le hacíamos compañía, primero de tertulia en el salón hasta altas horas, y después en su habitación, pues tenía pánico a quedarse dormida. Poco a poco su comportamiento se volvió menos arisco y parecía más confiada. Y comenzó a contarnos lo que le pasaba.

Nos dijo que ni siquiera a su marido le relataba todo lo que le ocurría. Le daba explicaciones puntuales y breves, pues a veces, cuando se había pasado de rosca narrándole algunas de las cosas que le hacían, «el pobre ponía cara de susto, porque, como es un buen hombre y un poco elemental, para él son inimaginables tantas barbaridades».

Todas las noches iban a su casa, según nos contaba, autobuses llenos de hombres. Algunos eran de treinta personas, aunque había días que llegaban hasta cincuenta individuos, «y eso era ya insoportable». A veces eran españoles, otras extranjeros, porque no se entendía lo que decían; en ocasiones eran americanos, lo sabía por su forma de vestir, con vaqueros y con pistolas en el cinto. Eran los peores, se sentían superiores y la maltrataban. Todos abusaban sexualmente de ella, a veces de uno en uno, otras en grupo. Los americanos eran especialmente crueles y también los rusos, que llegaban con gorros de piel y guantes para no dejar ningún rastro. Estos últimos usaban aparatos raros y sofisticados que solo existen en su país. Además del aspecto que les delataba, podía confirmar la nacionalidad al día siguiente. Cuando eran españoles o de países europeos, por la mañana se encontraba la vagina llena de un líquido viscoso que era semen, mientras



Publicado por Temporal
www.culturatemporal.com

Primera edición: mayo de 2021
Primera reimpresión: noviembre de 2021
Segunda reimpresión: junio de 2022

© María Huertas Zarco, 2021
© de esta edición, mayo de 2021 por Temporal

Diseño de colección: Laía Argüelles Folch
Diseño y maquetación: Montalbán Estudio

ISBN: 978-84-121933-2-9
Depósito legal: B 7528-2021
TEMPo6

Impreso en Gráficas 94, Sant Quirze del Vallès

Bajo las sanciones establecidas por las leyes, quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o electrónico, actual o futuro –incluyendo las fotocopias y la difusión a través de internet–, y la distribución de ejemplares de esta edición mediante alquiler o préstamo públicos.